

**JUAN MAURA Y GELABERT**

***CARTA PASTORAL***

***1 de diciembre de 1907***



**Biblioteca Saavedra Fajardo, 2011**



Transcripción y revisión ortográfica de Miguel Andúgar Miñarro.

Agradecimientos: Don José Manuel Ángel Muñoz.

Edición realizada a partir de: Maura y Gelabert, Juan. Carta pastoral del Ilmo. y Rvmo. Sr. Dr. D. Juan Maura y Gelabert, Obispo de Orihuela. 5ª sobre la Democracia cristiana. Orihuela: Imp. De Cornelio Payá, 1907.



**Nos, Dr. D. Juan Maura y Gelabert,**

*Por la gracia de Dos y de la Sta. Sede Apostólica, Obispo de Orihuela, etc., etc.*

AL CLERO Y FIELES DE NUESTRA DIÓCESIS

*Venerables Hermanos y Amados Hijos:*

En las anteriores Pastorales vimos que es en vano buscar la *verdadera democracia* en el individualismo, en el socialismo y en el anarquismo. Vamos ahora a demostrar que es incompatible con ella, teórica y prácticamente, todo sistema sociológico que combate las ideas cristianas o las omite o menosprecia.

## I.

La sociología anticristiana es deficiente y errónea. En efecto, A. H., esta sociología no examina al hombre bajo todos sus aspectos, limitando sus investigaciones y estudios al estado presente de la vida humana, y no teniendo en cuenta para nada nuestro origen ni nuestro destino futuro; de ahí que los juicios de semejante sociología sean falsos, y erróneos los sistemas que en ellos pretende fundamentar.

Oigamos un testimonio tan poco sospechoso, como el de Spencer, en estas materias.

«Por dominante que llegue a ser, dice, el sentimiento moral que se consagre a la humanidad, jamás podrá sustituir al sentimiento llamado religioso despertado por lo que existe más allá de la humanidad y de todas las cosas...

Cuando se ignora la verdad de donde proceden las religiones, se desconoce el valor de las instituciones religiosas del pasado, se las cree inútiles en el presente, y, uno se persuade de que en lo porvenir desaparecerán sin ser reemplazadas por otras; de aquí los errores en los razonamientos sociológicos.»<sup>1</sup>

---

<sup>1</sup> *Introducción a la ciencia social*, cap. X.



Lo que dice Spencer de las religiones en general, lo afirmamos nosotros en particular y exclusivamente de la Religión cristiana. No hemos de detenernos a probaros el orden divino de esta Religión, porque ni es esta la ocasión oportuna, ni pudiéramos hacerlo sin separarnos de nuestro fin y propósito; tan solamente os diremos que, negado el dogma católico acerca del origen del hombre y de su destino después de la muerte, o sustituido con otras enseñanzas, cualesquiera que sean, cambia al completo el concepto de la vida humana, y, en consecuencia, la constitución social ha de experimentar un cambio radicalísimo.

Negado el dogma católico, o haciendo de él caso omiso en los estudios sociológicos, el hombre no es ya hechura de un Dios personal Creador y Conservador providentísimo de todas las cosas; la tierra no es para el hombre un lugar de peregrinación y breve tránsito a otra vida ultramundana, duradera e inacabable; no es un período de lucha en el cual es puesto a prueba el libre albedrío del hombre para recibir la justa y definitiva recompensa en otro mundo superior. Negado el dogma católico, el hombre es pura y sencillamente un producto natural y espontáneo de la *Materia* y la *Fuerza* en fatal y ciega evolución; y su destino no es otro que crecer y desarrollarse dentro de la limitada esfera de la vida temporal, ya que, terminada ésta, no queda del individuo humano otra cosa sino un puñado de materia orgánica que va a incorporarse en seguida con la materia universal, para dar comienzo a un nuevo ciclo de evoluciones. Negado, al fin, el dogma católico, queda materializado *el concepto de la Historia*, y los estudios sociológicos son ni más ni menos que un *capítulo de la Biología*.

Estas consecuencias, A. H., aunque se infieran lógicamente de aquellas premisas, no las inferimos nosotros; las infieren los sociólogos anticristianos, asentándolas expresa y categóricamente cual verdades inconcusas.

Ahora bien: aquellas premisas y estas consecuencias ¿son conciliables con la teoría y con el ejercicio práctico de la *democracia*? De ninguna manera. Veámoslo.

La democracia verdadera, A. H., es una expansión de la caridad cristiana que se extiende y abraza a todos los hombres sin distinción de países, de razas, de clases ni de prendas personales. Y la caridad es una fusión noble y generosa de todos los hombres en uno; es altísima virtud religiosa, cuya fuente y origen se encuentran tan solo en el cristianismo, porque solo él puede inspirarla.

Los filósofos y sociólogos no cristianos, convencidos de la necesidad de esta virtud, se han esforzado y afanado por sustituirla con utopías y sistemas humanitarios;



pero todo ha sido en vano; lo cual no ha de maravillarnos, A. H., porque aquellos sistemas y utopías tan solo sirven para dividir a los hombres, abriendo entre ellos abismos insondables.

Efectivamente, limitada nuestra existencia, cual la limitan aquellos filósofos y sociólogos, a la vida temporal, y negado o declarado *inconocible* todo lo que traspasa los límites de la ciencia experimental, ¿en qué se han de basar y afirmar la fraternidad y amor que son la base y el coronamiento de la verdadera democracia? La caridad con el prójimo es una virtud que nace y se desarrolla tan solo en el suelo y al calor del sentimiento religioso; trasplantada al terreno de la filosofía y sociología irreligiosas, es planta exótica que, por falta de ambiente y de savia, muy pronto se agosta y muere.

¡Amar al prójimo como a nosotros mismos! ¿Sabéis cuántas dificultades hay que vencer para llevar a la práctica este sublime precepto? ¿Cuántas luchas que sostener con el egoísmo rebelde y obstinado que tiraniza nuestros corazones? Las naturales simpatías hacia determinadas personas; el amor al prójimo con quien nos unen los lazos de la amistad o de la sangre; y, en suma, los sentimientos de amor y benevolencia altruistas, ora tranquilos y reposados, ora violentos y tempestuosos, son fruto espontáneo de nuestro corazón que de suyo propende a semejantes afectos, y en ellos se complace y encuentra placer y dicha. Pero amar al prójimo que despierta en nuestros corazones sentimientos de repulsión y antipatía, muchas veces inexplicables; querer como a prójimo al enemigo que nos persigue y no cesa de amargar con sus ingratitudes y ofensas nuestra vida; querer y tratar como a un hermano querido al prójimo cuya rudeza e incultura chocan con nuestra exquisita delicadeza, o cuyas deformidades y lacerías hieren y lastiman nuestra refinada sensibilidad; esto no lo conseguirán jamás todas las filosofías y sociologías del mundo con su *altruismo*, su *humanitarismo* y demás virtudes racionalistas que puedan fantasearse para suplantar la caridad evangélica. Estas virtudes no tienen poder ni eficacia para mantener a raya e impedir que se desborde ahogando todo sentimiento generoso, la natural repugnancia de nuestros sentidos, de nuestro corazón y de todo nuestro ser que se subleva y rebela contra la malicia del prójimo, y se resiste obstinadamente a ponerse en contacto, para remediarlas, con las miserias morales y físicas de muchos de nuestros hermanos.

¡Ay A. H.! Sin el sentimiento religioso, sin las influencias sobrehumanas de la caridad evangélica, nuestro corazón no logrará jamás subyugar aquellos naturales sentimientos de egoísmo, de antipatía, de odio o de repugnancia, sentimientos que serán



siempre el mayor obstáculo y la mayor dificultad para el definitivo planteamiento y el arraigo de la democracia.

El cristianismo está fundado y estriba en dos grandes y sublimes preceptos: *el amor a Dios* y *el amor al prójimo* tan íntimamente trabados y unidos entre sí, que el uno no se concibe sin el otro, derivándose el segundo del primero como necesaria y forzosa consecuencia del mismo, y recibiendo de él toda su virtualidad y eficacia. Por eso, los grandes y heroicos ejemplos de amor al prójimo solo se encuentran en el Cristianismo. No nos cansaremos de repetirlo: con sola la moral racionalista es imposible de todo punto inspirar un amor tan intenso y tan puro cual se necesita para crear entre los hombres una democracia verdadera.

Spencer, Spencer mismo escribe, según vimos más arriba, que «por dominante que llegue a ser el sentimiento moral que se consagra a la humanidad, *jamás podrá sustituir al sentimiento religioso* despertado por lo que existe más allá de la humanidad y de todas las cosas.»

Añadid a todo esto, A. H., que el racionalismo o no tiene moral alguna, o la profesa muy deficiente para obtener con su influjo un amor al prójimo que pueda sustituir a la caridad y hacer sus veces. Habla mucho y muy enfáticamente de *Humanidad* y *humanitismo* que al fin y a la postre, es una idea abstracta, un ídolo de barro que, en realidad tiene muy pocos devotos y adoradores.

## II.

El racionalismo *amoral*, como hoy se llama, es más lógico y consecuente que el racionalismo moderado que, a pesar de todas sus negaciones, admite una moral forjada a su gusto; porque donde no hay ni metafísica ni Dios, donde no hay ni verdad ni bien absolutos, ni un Dios infinitamente perfecto, en rigor no hay ni puede haber moral alguna. Y éste es, en realidad, el criterio que domina hoy en las filosofías y sociologías anticristianas.

La lógica del error, A. H., no tiene entrañas, es cruel y despiadada. El racionalismo templado conservó la idea de Dios, pero vaga e incolora; y admitió una moral natural independiente de toda revelación y de todo dogma religioso. Una vez colocado en tan resbaladiza pendiente por fuerza habría de recorrerla toda y no parar



hasta el fin; y así ocurrió, en efecto, viniendo a parar en el *amoralismo* contemporáneo, es decir, en la negación de toda moral. Para nosotros igual da que esta negación sea implícita o que sea explícita, esto es, que se pretenda fundar la moral en principios que envuelven su negación, o que se la niegue cínicamente, brutalmente, sin ambages ni eufemismos, que a tal extremo han llegado ya los modernos filósofos y sociólogos racionalistas.

Los hay que afirman que la moral depende del estado de civilización de una sociedad, que las costumbres, las prescripciones del derecho y las máximas de la moral cambian con el tiempo, y tienen un fin exclusivamente *utilitario* pues toda su razón de ser estriba en que produzca alguna utilidad colectiva o individual. Nada de moralidad intrínseca, nada de bien ni mal absolutos; en moral todo es relativo y está subordinado a las condiciones y circunstancias de lugar, de tiempo y grados de cultura social. Lo que en una época es reputado por ilícito e inmoral, en otras es considerado como un bien y una virtud. Otros conceden, a lo sumo, que la moral está hoy en *completa crisis*, queda por hacer todavía, y que lo más que puede concederse es que está en vías de nacer y de formarse.

Fouillée dice que es difícil establecer los fundamentos de la moral, y prueba de ello «es que hoy todo se pone en tela de juicio. Ningún principio parece aún sólidamente establecido, o, a lo menos, ninguno parece suficiente por sí solo, ni el del interés personal, ni el de la general utilidad, ni el de la evolución universal, ni el *altruismo* de los positivistas, ni la piedad y el nuevo *nirvana* de los pesimistas, ni el imperativo de los Kantianos, ni el bien en sí y trascendente de los espiritualistas: la moral del libre albedrío y de la obligación parece que está destinada a desaparecer para ceder el puesto a la *física de las costumbres*<sup>2</sup> sea individual sea social.»<sup>3</sup>

Uno de los conspicuos sociólogos de nuestros días<sup>4</sup> dice que siendo la *solidaridad social* un hecho innegable, pues todos los hombres somos solidarios y dependemos de la sociedad en que vivimos, y ésta, a su vez, de las sociedades que nos precedieron, acaso pudieran esta solidaridad y dependencia constituir la base de la

---

<sup>2</sup> Dáse el nombre de *física de las costumbres* a la parte puramente psicológica, fisiológica y sociológica de la moral.

<sup>3</sup> *Critique des systemes de moral contemporains*, París, F. Alcan, 1899. Préface.

El propio autor nos promete modestamente que en trabajos ulteriores procurará conciliar, después de haberlos rectificado, los diversos sistemas de moral que hoy circulan. Véase la obra del mismo titulada *Le moralisme de Kant et l'amoralisme contemporain*. París. F. Alcan, 1905. Conclusión.

<sup>4</sup> M. DURKHEIM. Véase *Revue Néo-scholastique* Agosto de 1906, pág. 306.



moral futura, considerando moralmente bueno todo aquello que sea útil para conservar y afianzar esta solidaridad y esta dependencia; pero sucede, dice el mismo sociólogo, que no hay prueba alguna de que la solidaridad y la dependencia tengan un *valor moral*. «¿Dónde está, pregunta, la prueba de que tal dependencia sea un bien? ¿Qué es lo que le da un *valor moral*? Por el contrario, ¿por qué semejante dependencia no ha de ser un yugo del cual deberíamos trabajar para desembarazarnos?; ¿y no ha de ser un deber nuestro librarnos totalmente de este yugo? ¿Decís que la empresa es irrealizable? Pues, aun en este supuesto, es preciso acometerla. Del hecho de que la solidaridad social sea inevitable no se sigue que sea *moral*.»<sup>5</sup>

Estas dudas y vacilaciones acerca del origen de la moral y del valor y solidez de sus fundamentos, habrían de conducir forzosamente a la negación radical y absoluta de la misma. Porque en el terreno de las negaciones la lógica no consiente que el entendimiento se pare a la mitad del camino, según arriba indicábamos; más tarde o más temprano se llega al término del viaje. Hoy, desgraciadamente, vemos ya circular las más crudas y radicales negaciones del positivismo respecto a la naturaleza de la moral. Nos contentaremos con citar dos autores que encarnan todo el pensamiento del racionalismo contemporáneo en esta materia. Oíd, A. H., y asombraos.

Dice uno de ellos: «de un *error* psicológico ha nacido la *oposición* entre las ideas *moral* e *inmoral*. El *desinterés*, el *altruismo*, la *abnegación* de sí mismo, nada de esto es real, todo es imaginario.»<sup>6</sup>

«El hombre bueno inventa acciones que no existen, es decir, acciones no egoístas, acciones santas...; inventa facultades que no existen, a saber, el alma, el espíritu, el libre albedrío...; un orden de cosas que no existe, esto es, el orden moral con sus recompensas y castigos.»<sup>7</sup> El mismo autor, que ha querido sustituir sacrílegamente a Dios con el *superhomo*, dice que éste «es superior a la gramática moral, y que puede permitirse todo género de licencias.»

Oigamos ahora al otro autor a quien nos referíamos: «la segunda razón que el *indiferentismo* puede oponer al optimismo es que el gran todo (el Universo), cuya dirección no podemos nosotros cambiar, no tiene él mismo una dirección moral.

---

<sup>5</sup> *Division du travail social*. Introduction.

<sup>6</sup> NIETZSCHE, citado por Fouillée en la obra última a la que nos referimos más arriba, pág. 303.

<sup>7</sup> *Ibid.*, pág. 311.





Ausencia de fin, *amoralidad* completa de la naturaleza, neutralización del mecanismo infinito...»<sup>8</sup>

«Los apologistas que defienden un sistema de moral o de religión, jamás han probado nada, porque siempre queda en pie una cuestión que ellos siempre olvidan, a saber, si hay una religión, fuere la que fuere, que sea verdadera, y si hay una moral, fuere la que fuere, que sea verdadera.»<sup>9</sup>

Acabáis de verlo, A. H., el error ha dicho ya su última palabra. La moral no existe sino en la fantasía de algunos hombres fanáticos o soñadores.

Ahora decidme: con una sociología que se inspire en semejantes ideas, ¿es posible establecer entre los hombres una democracia digna de ese nombre? ¿Es posible siquiera organizar ningún género de sociedad humana? No existiendo el orden moral, no habiendo acciones buenas ni malas, siendo pura ilusión la conciencia con sus reprensiones, sus consejo y sus exigencias, ¿cuál será la norma por la que hemos de dirigirnos, o la regla a que hemos de ajustar y conformar nuestra conducta? ¿Dónde está la razón o el móvil que nos impulse a refrenar los apetitos, a vencer las antipatías, a dominar el odio y los deseos de venganza, y, en resolución, a amar al prójimo como a nosotros mismos? ¿Dónde está el motivo del desinterés personal, de la abnegación de sí mismo y de las restantes virtudes que son la esencia de la democracia?

Todo eso, A. H., con ser tan radical y tan grave, no es lo más grave y radical que ha inventado el racionalismo positivista. La unidad de conciencia psicológica, que es la base de la conciencia moral, la personalidad y la libertad humanas, que son la raíz y el principio de nuestras acciones y de nuestra responsabilidad; todo eso ha sido puesto en litigio o negado rotundamente. Según el racionalismo radical, yo no sé si mi *yo* de ahora es idéntico con el *yo* de hace un rato; es decir, que ignoro si en el fondo de mi ser hay algo substancial, duradero y permanente, que sea el sujeto de esta serie de fenómenos que en mi interior se realizan.

¡Ay, A. H.! Cuando se substrajo al hombre del dominio de la ley moral, se arrastró por el suelo su dignidad y grandeza; con estas últimas negaciones de la filosofía positivista, la personalidad humana queda prostituida, mejor diremos, queda científicamente anulada. Las consecuencias de esta anulación, de este aniquilamiento no podían permanecer circunscritas al círculo de la especulación científica; muy pronto

---

<sup>8</sup> GUYAU, *Esquisse d'une moral sans obligation ni sanction*. París, F. Alcan, 1900, pág. 48.

<sup>9</sup> *Id.*, *Ibid.*, pág. 68.



había de rebasarlo para llevar la perturbación y la anarquía al terreno de la práctica. No habiendo para el hombre una ley moral, ¿qué nobleza, qué dignidad le podéis conferir para levantarle moralmente sobre el nivel en bruto? Y si ni aún la personalidad humana existe, si no es más que un simple fenómeno, o, a lo sumo, una incógnita que nadie puede despejar, ¿de qué prestigios lograréis rodearla o qué importancia le concederéis en el breve y azaroso curso de la vida terrenal?

Por eso, «hoy, como dice un ilustre sociólogo al terminar de esa larga cadena de villanías y desgracias, aquella soberana personalidad que se desdeñaba de sujetarse a la noble dependencia moral de Dios, se abate envilecida bajo el imperio de una degradante *determinismo* que es esencialmente negación de toda libertad y de toda autoridad juntamente; y elevado a dogma un sistemático *pesimismo* en la conciencia, reflejo del que domina en las inteligencias, se contemplan, en sus negras tristísimas previsiones, como un *átomo inconsciente* destinado a desaparecer en el gran todo de un *materialismo* universal.»<sup>10</sup>

Sentados aquellos demoledores principios, no hay por qué hablar ya de democracia; apenas si se puede hablar de sociedad; porque no quedan más que dos caminos que seguir: o apelar a la fuerza bruta para mantener el orden social; o permitir que la naturaleza humana, libre de toda sujeción y cortapisa, campe por sus respetos; o usar de la violencia, o dejar el campo libre a la anarquía.

Verdad es, A. H., que los sociólogos evolucionistas<sup>11</sup> trabajan por sustituir prácticamente la moral religiosa, porque comprenden que la sociedad, una vez admitidas aquellas negaciones radicales y absolutas, no pudiera subsistir, pues quedarían rotos todos los lazos que unen a los hombres entre sí y todos los frenos que reprimen y sujetan a las pasiones humanas. Pero, a pesar de todos sus esfuerzos, no han logrado establecer ningún principio que, ni remotamente, pueda hacer las veces de la moral evangélica.

Comienzan por afirmar que el llamado *problema moral* ni siquiera existe, pues no existe una moral teórica, una moral especulativa, es decir, una moral que se derive de principios absolutos. El conjunto de reglas, de mandatos y prohibiciones que encontramos existentes en la sociedad, son independientes de toda especulación, de todo

---

<sup>10</sup> TONIOLO, *Orientaciones y conceptos sociales* etc. Valencia, 1907, pág. 263.

<sup>11</sup> Véanse: *Revue Nèo-scholastique*, año 1905, pág. 406 y ss; FOUILLÉE, *Les elements sociologiques de la moral*. París F. Alcan, 1905, pág. 286 y ss.



principio y de toda teoría; son meros *hechos morales*. Cuando se ha llegado a cierto grado de civilización, unos modos de obrar aparecen a las conciencias como obligatorios, otros como prohibidos, otros como indiferentes. No hay, pues, más que *hechos morales*, nada más que hechos, cuyo origen es arbitrario, y más arbitraria aún la manera de apreciarlos.

Niegan todo valor *objetivo* a la moral; pero es conveniente, dicen, conservarla provisionalmente por los bienes sociales que produce.

La moral no tiene otro fundamento que la sociedad misma, ni otra autoridad que la *autoridad social*, aunque, por otro lado, la razón, la reflexión y la ciencia no dan a semejante autoridad ningún *valor absoluto*. Por este motivo, cuanto más avanzan en la senda del progreso de la humanidad y las sociedades, los hechos morales fundados en esta autoridad van perdiendo poder y fuerza, y haciéndose cada día más y más impotentes para mantener la cohesión de los individuos, de tal modo que hoy apenas queda ya ningún lazo valedero más que la *solidaridad económica*. Este lazo material poco a poco y de una manera mecánica, irá reemplazando las creencias y las ideas que hasta ahora habían influido poderosamente sobre las voluntades.

En suma: los sociólogos positivistas no admiten en moral nada absoluto que sea, en sí e intrínsecamente, bueno o malo, ningún *principio* superior a nosotros e independiente de nosotros, del que la moral se derive y reciba su autoridad y fuerza de obligar.

Estas doctrinas, A. H., ¿en qué se diferencian de aquellas absolutas y radicales negaciones que combatimos más arriba? Absolutamente en nada; y siendo esto así, claro está que resultarán anodinas todas las fórmulas que estos sociólogos inventen para impedir que la sociedad, sometida a la lenta acción de tan deletéreos principios, se disgreguen y perezcan. Las colectividades humanas necesitan, para mantener su cohesión, deberes que influyan en las voluntades de los individuos, y las *obliguen* a combatir todo lo que es contrario a aquella cohesión. Pero, si no hay moral, no hay deberes; y, según hemos indicado antes una moral que no tenga su base en el Bien absoluto y de él se derive, no es tal moral, es cualquier cosa, es pura y sencillamente una invención humana; y la moral no puede ser nada de esto. La moral ha de ser anterior y superior a nosotros y a toda sociedad; porque, de lo contrario, no puede ostentar título alguno para imponerse a nuestra conciencia y obligarla. Así como la verdad no es creación de nuestro entendimiento, así tampoco lo es de nuestra voluntad el bien que



anhelamos y perseguimos. Uno y otro existen independientemente de nosotros, y tienen su raíz y origen en un Ser infinitamente perfecto, en un Ser Verdad absoluta, y bien sumo. Por eso, los que niegan la existencia de este Ser, niegan la existencia de la verdad y del bien, lo niegan todo, y son lógicos en sus negaciones. Los sociólogos positivistas, menos lógicos, aunque nieguen la existencia de un Ser Supremo, quieren que las sociedades marchen con regularidad y orden y progresen con solo los derechos y deberes que ellos han inventado sin que puedan apoyarlos en ninguna base sólida ni justificarlos con ninguna razón convincente. Si los *deberes* no tienen su principal punto de apoyo, su primer origen y toda su razón de ser y obligar en Dios, preguntaremos a los sociólogos positivistas. ¿Cómo queréis que el hombre incline la frente ante el ídolo de una moral forjada por vuestra ilusa fantasía? ¿Ante unos *deberes* inventados por la arbitrariedad, el capricho o las falsas apreciaciones de las sociedades que nos precedieron? ¿A qué medios apelareis para *obligarnos*? ¿Negáis a Dios? Pues abandonad de una vez para siempre las medias tintas; abandonad las inconsecuencias que nada resuelven; sed lógicos hasta el fin, negadlo todo como lo niegan los radicales; proclamad la moral *sin obligación ni sanción*, y levantad sobre el pavés de vuestras negaciones al *superhomo*.

¡Ay, A. H.! Se ha dado al olvido o al desprecio la moral cristiana; se ha querido fundar la sociología en el exclusivo estudio de la *física* de las *costumbres*, es decir estudiando éstas desde el punto de vista biológico, poco más o menos como se estudian el instinto y las costumbres de los brutos; y se ha venido a parar a esos extremos radicalismos que parece se proponen hacer tabla rasa de la sociedad y de todo lo en ella existente.

Si no queremos, pues, A. H., que llegue este caso, si no queremos encontrarnos algún día envueltos en esas corrientes que amenazan arrasarlo todo, preciso es que volvamos la vista hacia la moral cristiana, y que nos acojamos a sus prácticas salvadoras. «Si los males de este mundo, ha dicho León XIII, tienen remedio, éste no es otro que el retorno a la vida y costumbres cristianas.»

En efecto, es tan grande la virtud y eficacia de la moral evangélica practicada sinceramente, que no pocos de los positivistas mismos, en momentos de lucidez y buen sentido, le han tributado homenaje. Citaremos tan solo a uno de los más célebres, el cual, a pesar de que afirma categóricamente que «nosotros no sabemos si Dios, al crear un ser, se propone algún fin; y que se necesita toda la temeridad de un teólogo, para



asegurar que este fin existe, y pretender inferir de ahí una moral»;<sup>12</sup> a pesar de tan categóricas afirmaciones positivistas, escribe en otro lugar estas notables palabras: «La fe es un gran par de alas que sirve para sostener al hombre levantado sobre sí mismo. Enseguida que estas alas desfallecen o se quiebran, las costumbres públicas y privadas se degradan... Ni la razón filosófica, ni la cultura científica y literaria, ni aun el honor feudal y caballeresco, ningún código, ninguna administración, ningún gobierno, son suficientes para suplir estos servicios que presta la fe. Solo el Cristianismo puede detenernos en nuestra nativa pendiente; solo él puede impedir el insensible resbalar por el que nuestra raza, incesantemente y con todo su peso original, retrocede y desciende a lo más bajo.»<sup>13</sup> Es preciso, pues, que la sociología deje de ser hostil a las ideas cristianas, que se reconcilie y marche de acuerdo con ellas; es preciso que las considere como un dato absolutamente necesario para la solución de todos los problemas sociales; es preciso, en fin, que estudie la *física de las costumbres*, y, a la vez, su *metafísica* y su *teología*; y que se convenza de que sólo así se puede fundar una democracia verdadera.

Recibid, A. H., nuestra pastoral bendición, en nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo.

Dada en nuestro Palacio Episcopal de Orihuela el día primero de Diciembre  
(Dominica 1<sup>a</sup> de Adviento) de 1907.

*Juan, Obispo de Orihuela*

Por mandado de S. S. I. y Rvma. el Obispo mi señor,

*Dr. Agustín Cavero,*

*Canónigo Pro-Srio.*

---

<sup>12</sup> TAINE, *Les philosophes classiques au XIX siècle en France*. Septième édition, pág. 217.

<sup>13</sup> *Origines de la France contemporaine*, XI, pág. 146.